

## DÉCADA (2005-2014) DE LA EDUCACIÓN PARA UN FUTURO SOSTENIBLE

Federico Mayor Zaragoza

“Somos ciudadanos de diferentes naciones  
y de un solo mundo al mismo tiempo”...

Carta de La Tierra (Preámbulo).

El mayor logro alcanzado para asegurar un futuro sostenible ha sido, en los últimos tiempos, alcanzar, tanto a escala personal como colectiva, una **conciencia global** sobre el estado de la Tierra como **patrimonio común** de toda la humanidad. A través, sobre todo, de la educación en sus distintos grados, pero también por el impacto de los informes elaborados por la comunidad científica y académica así como por las Naciones Unidas, transmitidos muchos de ellos por los medios de comunicación, se ha conseguido difundir el sentimiento de una auténtica emergencia planetaria, por el progresivo deterioro ambiental, al tiempo que se fomentaba la implicación de los ciudadanos, que no debían permanecer como testigos impasibles sino que tenían que aportar su contribución, por pequeña que fuera, a paliar la situación presente y evitar, en toda la medida de lo posible, ulteriores agravamientos.

Desde hace tiempo, he insistido en la necesidad de actuar sin demora, particularmente en los casos de irreversibilidad potencial. En efecto, los mejores diagnósticos son aquéllos que permiten *tratar a tiempo* las alteraciones *antes* de que se alcancen puntos de no retorno. Es la *ética del tiempo*: las decisiones no pueden aplazarse una y otra vez, pidiendo nuevos informes o diagnósticos, cuando los procesos pueden ser irreversibles. Esto puede aplicarse tanto a fenómenos naturales como a circunstancias patológicas y sociológicas (prolongadas situaciones de injusticia social, viviendo en condiciones inhumanas, que pueden desembocar en acciones violentas). “Cuando las horas críticas han pasado, es inútil correr para alcanzarlas”, advirtió hace ya muchos siglos Sófocles. En consecuencia, el buen diagnóstico es el que permite adoptar medidas a tiempo. Durante la época en que me ocupé del diseño y puesta en marcha del Plan de Prevención de la Subnormalidad Infantil, constaté la urgencia de atajar en el neonato afecciones que podían desembocar rápidamente en patologías neuronales permanentes. Se quedó para siempre en mi mente el apremio moral de actuar cuando *todavía* es posible reconducir procesos de esta naturaleza. Hasta el punto de que uno de mis primeros ensayos se titula “*Mañana siempre es tarde*”.

Hoy vemos que, confiados excesivamente en sistemas e instituciones internacionales que no lo merecían, “se ha hecho tarde” para la adopción de muchas decisiones y ahora tenemos que hacer frente a una situación social y ambiental muy grave. El Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) ha dejado muy claro, basado en el rigor científico, que la especie humana ha contribuido de manera decisiva, en

especial por el comportamiento y estilo de vida de los países más prósperos, a los alarmantes síntomas actuales: fenómenos atmosféricos extremos; deshielo de glaciares y polos....

Recuerdo cuando se preparaba la "Cumbre de la Tierra" que se celebró en el año 1992 en Río de Janeiro. Era la segunda gran convocatoria, a escala mundial, después de la Reunión sobre "Educación para todos a lo largo de toda la vida", que tuvo lugar en 1990 en Jomtien (Tailandia). Se tuvieron en cuenta miles de informes llegados de todas partes; se escucharon todas las voces; se redactó y aprobó la *Agenda 21*, que proporcionaba a todos los habitantes del planeta la "hoja de ruta" para conseguir –mitigando o evitando nuevos desastres, nuevos desgarros en el medio ambiente- una Tierra habitable para las generaciones venideras, nuestro compromiso supremo.

Para entonces ya se habían esfumado las esperanzas suscitadas por el fin de la Guerra Fría en 1989, por el hundimiento del Muro de Berlín, y la transformación de la Unión Soviética, así como por los procesos de paz en El Salvador, Guatemala, Mozambique... y el fin del abominable apartheid racial de Sudáfrica, con la elección histórica del primer Presidente de raza negra. Todas las expectativas suscitadas por esta serie de grandes acontecimientos se vieron contrarrestadas por la "globalización" preconizada en primer término por los Estados Unidos y el Reino Unido, que imponía un sistema económico que no se basaba en los principios democráticos lúcidamente establecidos en la Constitución de la UNESCO (1945), la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), sino en las leyes del mercado. Un inmenso error, una trampa, en la que cayeron, hay que reconocerlo, la mayoría de países acaudalados, fuera cual fuera su ideología. "Aparcaron" conceptos clave de las Naciones Unidas como "**compartir**", a través de una cooperación internacional eficiente, y la **igual dignidad de todos los seres humanos**, como fundamento de la acción política. Sustituyeron progresivamente un sistema multilateral, que se basaba en "Nosotros, los pueblos...", en **todos los pueblos**, para construir la paz ("... evitar el horror de la guerra" a nuestros descendientes"), por agrupaciones plutocráticas, primero de seis países, después siete... Y, así, el G-7, G-8... G-20 han constituido pasos erráticos que han llevado, con una falta total de regulación y de decoro, a las múltiples crisis que hoy enfrentamos: económica, medioambiental, alimenticia, democrática, ética...

No han faltado advertencias reiteradas de que los "globalizadores" estaban llevando al mundo en su conjunto a un auténtico lodazal, del que será difícil salir. Y es que media docena de pilotos, por buenos que sean –que no lo eran- no pueden suplantar la visión, voluntad, experiencias y enfoques de 192... En 1995, en Copenhague, en la "**Cumbre del Desarrollo Social**", se adoptaron compromisos que hubieran podido rectificar los rumbos que ya en aquel momento se advertían inadecuados. En el año 2000, las Naciones Unidas resolvieron establecer los **Objetivos del Milenio**, entre los que figuraba el medio ambiente. Ocho objetivos que, si hubiera existido la voluntad política de ponerlos en práctica, hubieran también ayudado a que la situación actual fuera menos alarmante.

Pero es que, además, en el año 2000 se proclama la "*Carta de la Tierra*", uno de los textos más esclarecedores, más apropiados para los cambios radicales que hoy en día son necesarios. Sin embargo, su eco, sucesivamente amplificado, no ha sido suficiente para contrarrestar los excesos de la "codicia e irresponsabilidad" con que actuaron

buena parte de las grandes corporaciones financieras y económicas hasta el estallido de la crisis en el segundo semestre del año 2008.

Por decisiones adoptadas en el G-20, todavía presidido por el Presidente Bush de los Estados Unidos, (cuando ya se había elegido al Presidente Barak Obama!), ... estas corporaciones fueron "rescatadas" con centenares de miles de millones de dólares... cuando "no había dinero" para cumplir con los Objetivos del Milenio, para erradicar la pobreza, para solucionar de una vez la vergüenza colectiva que representa que todos los días mueran de hambre más de 70 mil personas, la mayoría de ellas niños de 0 a 5 años, cuando se invierten en gastos militares diariamente 3.000 millones de dólares... Se "rescató" a muchas empresas que eran responsables de la economía especulativa y virtual que, sin la menor regulación, habían conducido a la crisis global.

La crisis puede ser oportunidad, y esperábamos –todavía seguimos esperando- que se corrigieran los excesos, que se volviera rápidamente al marco ético-jurídico que representa el Sistema de la Naciones Unidas, y se abandonara el nocivo régimen que había tenido tantas repercusiones desfavorables para la calidad de vida en la Tierra, sustituyéndolo, con mayor firmeza que en el pasado, por una economía basada en la justicia social a escala mundial, en un desarrollo global sostenible y humano, en el que los habitantes del planeta serían, sin distinción, sus protagonistas y beneficiarios.

Corremos el riesgo de tener "más de lo mismo" porque, después del "rescate", las grandes corporaciones y consorcios multinacionales, con la complicidad de quienes son incapaces de sustraerse a la inercia de las soluciones pretéritas en las que tantos privilegios han disfrutado, volverán pronto, si no hay una reacción potente de la sociedad civil, a provocar entuertos, y no se producirá, como tanto hemos soñado y procurado, el "rescate" de la gente más necesitada, de los segmentos más vulnerables de la población, los que padecen hambre y sed física... y de justicia.

En efecto, la reciente "Cumbre" de Copenhague, ha constituido una enorme decepción. Una gran perplejidad, que no puede aceptarse, resignándonos una vez más a los designios de países y de líderes que no son capaces de llevar a cabo los cambios radicales que las presentes crisis exigen. No debería uno de los líderes de la Unión Europea ufanarse de que iban a aportar 8 ó 9 mil millones de dólares para contener el cambio climático. Cuando le escuchaba, pensaba con tristeza que ésta es la cantidad que se invierte en armas ien 70 horas! Tienen que darse cuenta –y la sociedad civil, el poder ciudadano, debe ahora movilizarse en este sentido- de que **hay momentos históricos en los que deben realizarse cambios de hondo calado**, grandes transiciones. Es ahora impostergable transitar desde una economía de guerra a una economía de desarrollo global sostenible; de una cultura de imposición, dominio, violencia y guerra a una cultura de diálogo, conciliación, alianza y paz. Si no se libera un parte al menos de las inmensas cantidades que hoy se invierten en la política bélica para procurar unas mejores condiciones de vida (alimentos, agua, salud, educación, medioambiente...) no tardará mucho en llegar, ahora más rápidamente por las previsibles movilizaciones ciudadanas, una "segunda ola" que produciría dramáticamente el viraje que podría actualmente realizarse con serenidad y buen tino.

En resumen, **se ha conseguido mucho**: a través de la educación y de la información existe ya una **conciencia a escala planetaria** de que debemos entre todos conservar esta auténtica maravilla que es la naturaleza... pero **no hemos alcanzado la implicación**, la involucración ciudadana que es absolutamente imprescindible. Y que conste que ahora, por primera vez, existe la posibilidad de participación no presencial, a través de la moderna tecnología de la comunicación (SMS, Internet). Ya no hay excusa: las instituciones científicas y académicas, las universidades, etc., no pueden seguir calladas, contemplando la degradación medioambiental y aceptando las mentiras que, durante tanto tiempo, han intentado confundir a la gente, minusvalorando el cambio climático y la producción de gases con efecto invernadero, porque estaban al servicio de las grandes corporaciones internacionales de combustibles fósiles.

**¿Qué debemos hacer ahora?** En primer lugar, **fortalecer el Sistema de las Naciones Unidas**, de tal modo que los transgresores puedan rápidamente ser llevados a los tribunales; que los traficantes sigan el mismo camino, y se termine con la auténtica afrenta que representa la venta clandestina de armas, drogas... el tráfico de personas! ... y la existencia de paraísos fiscales; que se aplique la justicia internacional a quienes atentan contra el medio ambiente, como los barcos petroleros que lavan sus tanques en medio del océano en lugar de recurrir, como procede, a las oportunas instalaciones portuarias, produciendo una monocapa de varios kilómetros cuadrados que asfixia el fitoplancton, esencial para la recaptura del dióxido de carbono... Para conservar el medio ambiente, que no tiene fronteras, deben aplicarse leyes sin frontera. Y éste es el papel de las Naciones Unidas, que deben dotarse, rápidamente, de los recursos humanos, técnicos, financieros y militares necesarios para el cumplimiento de su misión. Unas Naciones Unidas con autoridad en todas partes, para coordinar la **reducción del impacto de las catástrofes naturales**, disponiendo de los medios adecuados para que rápidamente puedan desplazarse a los lugares en que los desastres naturales o provocados requieran una acción concertada, utilizando la tecnología más moderna y apropiada para la normalización de las situaciones originadas por inundaciones, huracanes, terremotos, incendios, ... Las catástrofes de esta índole ciertamente no pueden evitarse pero puede reducirse su impacto y, muy especialmente, facilitar la rehabilitación y evitar ulteriores efectos nocivos.

Gracias sobre todo a la educación –mucho mejor siempre que los mecanismos coercitivos empleados en algunos países- el **crecimiento demográfico** ha disminuido notoriamente en las últimas décadas. Todavía siguen “llegando” cada día a la Tierra más de 160 mil nuevos habitantes. Y debemos -y podemos- recibirlos adecuadamente. Se dispone del conocimiento necesario para que todas estas personas puedan vivir dignamente. Desde un punto de vista demográfico, debe señalarse que la longevidad, gracias sobre todo a los sistemas inmunitarios aplicados, se ha prolongado extraordinariamente, pasando de los 60 años hace tan sólo 6 ó 7 lustros a los setenta y tantos años que hoy predominan en la mayor parte de los países. Esta demografía es algo que todos debemos ponderar y procurar que se mantenga, con personas que disfrutaran más años de vida con más vida en los años, al tiempo que la natalidad va aminorándose y la morbilidad y la mortalidad a escala internacional decrecen

progresivamente. Lo hacen a menor ritmo del que sería deseable, pero no cabe duda de que las vacunaciones masivas y los tratamientos dedicados a buena parte de la infancia han disminuido extraordinariamente la morbi-mortalidad, sobre todo en el período de 0 a 5 años de edad.

Se han propuesto soluciones a la mayor parte de los grandes problemas relacionados con el medio ambiente pero ha sido difícil, hasta ahora, vencer el inmenso poder económico y mediático que, temeroso de que la sociedad civil adopte una postura mucho más activa, abandonando su actual abatimiento, aumenta sin cesar su capacidad de captación y ofuscación. La comunidad científica debe repetir y repetir los llamamientos que le permitan sobrepasar los "muros de silencio". Las Academias de Ciencias de muchos países avanzados, junto con las del grupo BRIC (Brasil, Rusia, India y China) realizaron en 2005 un llamamiento de gran atractivo... pero los plutócratas lograron, rápidamente, una vez más, que el efecto que los manifiestos y declaraciones, con los principios y las bases conceptuales pero también, debe resaltarse, con los programas de acción pertinentes, se desvaneciera y quedara superado por las "noticias habituales", relativas a los grandes espectáculos de masas, actividades deportivas nacionales e internacionales, etc.

Ya he hecho referencia anteriormente a la "gran mentira" con que la fundación, encabezada por la compañía EXXON Mobile, consiguió durante casi 18 años crear confusión e indiferencia acerca del efecto de los gases con efecto invernadero en relación al cambio climático. La Academia de Ciencias de los Estados Unidos había advertido en 1979 sobre los efectos perniciosos que podía tener un exceso de producción de dióxido de carbono, especialmente cuando su recaptura por la clorofila (sobre todo el fitoplancton oceánico) se hallaba también afectada por la degradación medioambiental. Las petroleras -puesto que a la fundación de la Exxon se sumaron rápidamente otras grandes compañías petrolíferas- consiguieron su propósito hasta que en 1996 se logró conocer la verdad. Pero no produjo el escándalo que podía esperarse ni las reacciones de las Universidades ni de las Academias de todo el mundo. Pronto todo se olvidó y la comunidad científica y académica, aunque en buena medida indignadas, seguían sin liderar una gran revuelta ciudadana.

El 2 de febrero del 2007, el PICC da a conocer su IV informe. El mismo año, se concede el premio Nobel a los miembros del Panel y a Al Gore, porque, según el Comité Nobel, "habían divulgado el conocimiento sobre el cambio climático causado por los seres humanos".

Ahora, después de Copenhague, ¿qué sucederá?

Ha llegado el momento de la acción. **El tiempo del silencio y de la resignación ha concluido.**

La educación -a todos los niveles, empezando por la de los gobernantes y parlamentarios- es esencial para generar actitudes y comportamientos muy distintos a los actuales. Así lo reconoce la década, 2005 - 2014, de **educación para un futuro sostenible**. No se trata de educación escolar, se trata de educación de la sociedad civil, comenzando por los más responsables:

- **Aprendizaje permanente:** no basta con que existan unas disciplinas o unos cursos especializados, sino que deben generarse continuamente noticias que den buena cuenta no sólo de los problemas del medio ambiente sino de los conocimientos y de la tecnología que permitan abordarlos de manera adecuada.
- Sostenibilidad "**transversal**": debe figurar en todos los programas y en todos los grados, especialmente, en la formación del profesorado.
- Educar para que las "personas sean **libres y responsables**", como indica el artículo 1º de la Constitución de la UNESCO. Personas independientes que actúen en virtud de sus propias reflexiones y no al dictado de nadie.
- En algunos países como en España, la CRUE (Conferencia Rectores de las **Universidades** Españolas) ya ha elaborado y emitido las oportunas directrices educativas.
- Como indicaré a continuación, considero que la **Carta de la Tierra** es un documento especialmente adecuado para esta labor educativa generalizada.
- Hay publicaciones recientes, como el "**Desarrollo Sostenible**" de la profesora María Novo, que son especialmente adecuadas a este respecto.
- Juntos y solidarios debemos actuar de tal modo que, dotados de una **consciencia permanente del compromiso** de salvaguardar el legado natural y cultural de la humanidad, podamos asegurar un futuro distinto del que auguran las tendencias presentes.

La Carta de la Tierra nos indica que "la capacidad de recuperación de la comunidad de vida y el bienestar de la humanidad dependen de la preservación de una biosfera saludable, con todos los sistemas ecológicos, una rica variedad de plantas y animales, tierras fértiles, aguas puras y aire limpio. El medio ambiente global, con sus recursos finitos, es una preocupación común para todos los pueblos. **La protección de la vitalidad, diversidad y la belleza de la Tierra es un deber sagrado**".

Debemos a los jóvenes un legado mejor del que ahora se adivina y haremos todo lo posible por alcanzarlo. Pero son los jóvenes, los niños de hoy, los que deben prepararse para proceder, sin cesar, sin cejar, a la labor de conservación y prevención con su actitud cotidiana. La naturaleza y, sobre todo, los habitantes de la Tierra, todos iguales en dignidad, merecen este afán, este denuedo, este desvivirse que proporciona autoestima y felicidad.

Creadores y libres, sin adherencias, con amplias alas sin lastre para el vuelo alto y proporcionar fundamentos éticos a la comunidad mundial emergente. De los cuatro principios o compromisos con los que se inicia el articulado de la Carta de la Tierra, el 3º se refiere concretamente a "construir sociedades democráticas que sean justas, participativas, sostenibles y pacíficas". Asegurar, dice este apartado, que en todas las comunidades y a todos los niveles pueda garantizarse el ejercicio de los Derechos Humanos y libertades fundamentales, y proporcionar a cada uno oportunidades para la plena puesta en práctica de su potencial. Creo que éste es un aspecto particularmente relevante: atareados unos en los apremios que les permiten, a veces a duras penas, sobrevivir; distraídos otros en entretenimientos que les impiden

disponer de tiempo para pensar; ofuscados otros en temores, supersticiones e individualismos que no sólo ponen de manifiesto su ignorancia sino que conducen con frecuencia a adoptar posiciones intransigentes, extremistas, fanáticas... son pocos los que pueden sustraerse de la rutina y la inercia para pensar lo que dicen y decir lo que piensan. Corremos el riesgo de dejarnos llevar por el inmenso vendaval de los medios de comunicación, de dejarnos ahorrar por el omnipresente poder mediático, y dejarnos engullir por el inmenso torbellino de acontecimientos seleccionados, magnificados unos, deslucidos otros, ... de tal modo que ya no sabemos más que lo que se quiere que sepamos.

“Para la justicia social y económica es indispensable erradicar la pobreza como un imperativo ético, social y medioambiental”, añade la Carta de la Tierra. “Garantizar el derecho al agua potable, al aire limpio, a la seguridad alimentaria, al suelo no contaminado, a la vivienda, a las condiciones higiénicas adecuadas, invirtiendo los recursos nacionales e internacionales que para ello se requiere. Estos objetivos no se lograrán si la sociedad civil sigue aceptando que “las cosas son como son y no pueden ser de otra manera”, que “nada tiene remedio”... Como antes indicaba, la era del silencio ha terminado. La era de la democracia genuina empieza por donde debía: por la participación de la gente, por la voz de la gente, por la expresión nunca violenta pero sí firme de sus derechos. De sus proyectos, de sus anhelos, de sus sueños.

Es necesaria una implicación ciudadana. Implicación que impida que **ya nunca más los valores sean sustituidos por las leyes del mercado. Una implicación que permita que los retrocesos habidos en el cuidado de la Madre Tierra puedan compensarse gracias a esta auténtica movilización ciudadana.**

¡Qué bien que *Revista Eureka* promueva el conocimiento de la realidad del medio ambiente, porque la realidad sólo puede ser transformada cuando se la conoce!

Esta transformación radical es el gran desafío presente. Juntos, podemos.